

# CON QUEVEDO

## EL TIEMPO HISTÓRICO

### I

¡Oh, el Tiempo, sustancia de la Historia! Y categoría física, soporte y coordenada, junto con el espacio, de su ser.

En su túnel, como en un cementerio atómico, está archivado, perpetuado, cada fotograma, el contenido de cada instante en que es susceptible de descomponerse todo suceso humano, trascendente o anodino. Aunque, ¿existen sucesos anodinos?

¿Existirá, a su vez, ese lugar geométrico, ese *aleph* en el que, al decir de Borges, «están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos»; en el que confluyen todos los actos que en el mundo han sido, «sin superposición y sin transparencia»?

Desde ese punto del espacio y del tiempo podría contemplarse la Historia entera, el Universo y su dinámica desde la creación hasta el presente, como una eterna simultaneidad. Una perenne actualidad universal que sólo puede ser el conocimiento o la memoria de Dios.

No, para el hombre individual, con todo y ser sujeto de la Historia,

*ayer se fue, mañana no ha llegado,  
hoy se está yendo sin parar un punto;*

y la consciencia de tal realidad le lleva a esta conclusión rotunda:

*soy un fue y un será y un es cansado.*

Porque, en efecto, mi propia realidad, mi vida, mi existencia, ¿qué son sino apenas un fulgurante destello, el efímero nexo fundente del ayer con el mañana, entre lo que *ya* no es y lo que *todavía* no es: algo que se agota y se consume *siendo*?

Si «todas hieren y la última mata», como reza la cartela del reloj de sol o la clepsidra,

*azadas son la hora y el momento  
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,  
cavan en mi vivir mi monumento.*

Monumento: panteón, sepulcro o simple fosa para cada hombre, según el accidente de su fortuna. Cuyos restos, indiferentes a ésta y a la calidad de su depósito,

*serán ceniza, mas tendrán sentido.*

Materia dehiscente, sí, entre los dedos, aventable al simple hálito vital. Pero que no se pierde ni se aniquila, cualquiera sea la forma a la que haya dado consistencia. Existente ya como un *ex* para siempre, como lo fuera antes de hacerse forma humana. Y transmisora como tal de una memoria, sea vigente u olvidada, de una huella, visible o borrada.

Vida, virtualidad, trascendencia. Nada en el mundo —en la Historia— sería lo mismo sin el paso fugacísimo, inaprehensible, de cualquier ser humano que haya, simplemente, *sido*.

La línea representativa de cada vida individual, como la de cualquier gran sujeto histórico (un pueblo, una idea, una época), no es un simple segmento, sino un vector. Así lo aprendimos del gran maestro Montero Díaz. Líneas, por tanto, directrices, sus agudas puntas de flecha señalan un camino, deseado o impuesto. Agrupadas en haz, marcan unánimes el destino, fruto de la voluntad, del esfuerzo y el *fatum*, tanto de los antes mencionados «grandes sujetos», como del de cada uno de sus indiferenciados gregarios.

¡Cenizas con sentido! ¡El sentido de la Historia! ¿Siempre racional, positivo, lógico? Al menos, no siempre inteligible, o mejor, no siempre comprendido, según la acuidad del aparato histórico —científico, humano— percipiente.

## II

*Polvo serán, mas polvo enamorado.*

Ceniza, reliquia de algo o de alguien de quien emanó amor y a la que un perfume de amor envuelve. Aromático incienso o polen capaz de volver a florecer y fructificar:

*«¡médulas que han gloriosamente ardido!»*

¡Qué versos para encontrados apenas horas después de entregar a la tierra el único, efímero ser que hubiera hecho perdurable la propia contribución a la vida!

### III

#### *Presentes situaciones de difuntos.*

¿Es eso la Historia? Si la respuesta que demos a la pregunta es afirmativa será porque, invirtiendo el valor adjetivo y sustantivo de la respectiva voz, la carga significativa del término *presentes* predomine sobre la del término *difuntos*.

Porque no es la imagen de un montón de muertos lo que esta locución evoca, sino la vigencia de la vitalidad transmitida por quienes vivieron, la cual hace a éstos en cierto modo inmortales. Una fuerza que se comunica y se mantiene a expensas de la fuente ya cegada (fértil humus ahora) que la generó.

Fuerza y vida: la Historia de hoy. Una sutil nata o película en la superficie del colmado vaso de las Edades humanas. Así como el paisaje no es sino el actual estrato superficial del planeta, aquélla constituye, sólo por ahora, la etapa que corona la innumerable superposición de las generaciones. De los *presentes* difuntos.

### IV

Ni una sola gota de aquel vaso, ni un átomo de esta espesa corteza terrestre podrían faltar sin alterar el contenido del primero, la consistencia de la segunda.

#### *No hay una piedra allí que no me importe,*

podríamos escribir, aplicando a la Historia el verso que a su «Madrid, la Villa y Corte» dedicara desde la ausencia el romántico Eulogio Florentino Sanz.

De ahí la ingenuidad, la petulancia o la incompetencia del «historiador» que pretende eliminar, despreciando acaso cuanto ignora, tal o cual factor o elemento de la realidad objeto de su estudio. Prescindir de este o aquel aspecto de dicha realidad, dar por «superado» u «obsoleto» uno u otro método de aprehensión cognoscitiva de aquélla, es sustraer voluntaria y torpemente (dolosamente) otros tantos ángulos de percepción conducentes a su mejor comprensión.

Las sucesivas «sucesiones de presentes ya difuntos» tampoco son estériles ni infecundas en el *corpus* de la Historiografía. También ellas constituyen el sustrato orgánico que abona y da vida a la ciencia histórica de hoy. Ya desde la Edad Media, el historiador tuvo conciencia de que no somos —cada generación, cada «Escuela»— «sino enanos asentados sobre los hombros de gigantes para ver más lejos».

## MUNSARIH CON FRAUDE

### LA MARGARITA

*Una airosa doncella* giraba en nuestro torno,  
llenando las copas y reavivándolas,  
a la hora en que el sol ya se había levantado  
y había brillado la aurora.

El jardín nos había mostrado sus anémonas  
y daba su perfume el mirto,  
oscuro como el ámbar.

«¿Dónde está la margarita?», dijimos,  
y el jardín nos contestó:  
«La he dejado en la boca  
de quien sirve los vasos».

Y *la muchacha* lo negaba,  
pero cuando sonrió  
se descubrió el secreto.

Madrigal llamaríamos a este breve poema si su original hubiese sido escrito en castellano. Pero se trata de un *munsarih*, traducido por D. Emilio García Gómez (*Poemas arábigo-andaluces*, Madrid, 1940, poema núm. 88, p. 157) y en él alienta el más clásico tono temático y metafórico de la poesía arábigo-andaluza. Su autor es Ben al Zaqqaq de Alcira (poeta del siglo XII), especie de Góngora de aquellas letras, «cima extrema de su lírica neoclásica».

No sabemos si expresa un contenido de amor sensual, tan unívoca como injustamente tenido por exclusivo en la lírica árabe, o si es por el

contrario el platónico *amor udrí* el que palpita en sus versos: esa «peculiar psicología de ambigua castidad, donde el norte erótico es una mórbida perpetuación del deseo».

Sí debemos confesar vergonzantemente que, para más universal aceptación y, desde luego, personal goce de su lectura, nos hemos permitido sustituir con las palabras que aparecen en cursiva las originales de «un airoso mancebo» y «el copero», correspondientes a su verdadera versión.

Los lorquianos «Sonetos del amor oscuro» tienen en la poesía arábigo-andaluza preclaros precedentes.

## LA SONRISA GÓTICA

Áureo bocado, esta vez para la vista. Que no todo han de ser gozos de la palabra.

Aquí, en estos rostros risueños de piedra blanca, está la mayor contradicción de la visión exclusivamente tenebrosa (*Dark-Age*, Edad Oscura) de la Edad Media.

Claro está que *también* «aquellos siglos de hierro y estruendo militar» fueron ensombrecidos por la negrura de la rudeza, de la desigualdad, de la servidumbre. Como lo fueron los tiempos de la brillante Antigüedad clásica y los de su «Renacimiento», los de la ilustrada sociedad dieciochesca y los de la «adelantada» Europa de la revolución industrial. Como lo ha estado y está este siglo XX de las guerras a escala universal, de los campos de exterminio y de la bomba atómica. (Renunciamos a copiar los titulares de prensa de nuestros más recientes días: Somalia, Bosnia, Azerbaiyán, Angola, Sudáfrica, Latinoamérica, Euzkadi...)

Pero ya leímos en un soneto de Paul Verlaine publicado en el primer número de nuestro BOLETÍN que existió una Edad Media «enorme y delicada». Y es sin duda el siglo XIII aquél en el que los valores de la delicadeza comienzan a equilibrar —por lo menos— a los de la enormidad.

Es la arquitectura gótica, esa densa mies de agudas flechas que parecen dispararse hacia el cielo, quien nos brinda desde los tímpanos, las jambas y los parteluces de sus pórticos un gesto alegre de simpatía sobrenatural. (Silos hubo de confiar, siglos más tarde, a un ciprés cantado por Gerardo Diego, la más expresiva manifestación de los «delirios verticales» románicos).

Caririsueñas Vírgenes y ángeles de Reims, de León, de Amiens. ¿Cómo no habrían de resplandecer de gozo los seres divinos y los bienaventurados? Ya lo hace desde el Antiguo Testamento el riente Daniel del pórtico de la Gloria compostelano, heredero vestido de los arcaicos *Kuroi* helenos. ¡Quién no lo haría, hallándose en tan privilegiada situación y en tan santa compañía!

Se equivocó el triste filósofo que dijo que «la Edad Media odiaba al cuerpo humano». Envoltura del alma de los mortales, su arquetipo está precisamente en la corporeización sensible de los ángeles, espíritus, como sabemos, puros. Serafines, querubines, tronos y dominaciones, custodios y mensajeros, su apariencia no puede ser sino perfecto modelo para la humana. Aunque asexuada, eso sí, para acicate de bizantinas diatribas.

Porque si el Verbo se hizo carne y la carne mortal aguarda en Cristo la Resurrección, ¿cómo pensar en el desprecio del objeto más sublime de la Creación, la materia humana, imagen y semejanza del Padre?

A *contrario*, el escultor gótico infunde belleza y alegría eternas en su copia de la obra viva de la Divinidad que es la persona terrenal. Y no hay mayor humanidad que la de las imágenes maternas de la Virgen sonriendo al Niño entre sus brazos.

De tejas abajo, toda la gracia y el frescor juvenil de una muchacha perviven, por ejemplo, en el bulto escultórico de Reglindis, esposa del margrave de Naumburg, erigido en la catedral de dicha ciudad (Alemania) en el siglo XIII. Sonrisa civil, no sagrada, incidente en risa, la de esta joven dama, en cuyos hoyuelos de las mejillas vibran el optimismo, el regocijo y hasta el *divertimento* de una mujer feliz y «realizada».

Que, como saben nuestras colegas estudiosas de la feminidad medieval, también las hubo.

E. B.R.



Ángeles sonrientes del Louvre y de la catedral de Amiens.



Reglindis, joven y simpática margravesa de Naumburg (Alemania). A juzgar por su sonrisa, paradigma de «la bien maridada» del siglo XIII.



Virgen necia (¿acaso por eso feliz?) de la catedral de Magdeburgo (pórtico de la fachada Norte).



El profeta David en el Pórtico de la Gloria compostelano. Precursor románico de la sonrisa gótica.



Apoteosis gótica de la alegría en «los elegidos» tras el Juicio Final (Tímpano de la portada de la catedral de Bourges).



La sonrisa maternal y divina: Virgen Blanca de la catedral de León (a la izquierda) y Virgen del tesoro de la Sainte Chapelle en el Museo del Louvre.